

DE LA ALETHEIA EN EL MYTHOS AL LETHOS EN EL LOGOS

María Cecilia Posada González

Licenciada en Filosofía y Letras de la

Universidad Pontificia Bolivariana.

Cursos de posgrado para el Doctorado en la

Universidad de Atenas (Grecia).

Cuando Esquilo, el primer gran trágico griego, alcanza su **akmé** hacia el 485 a. de C., hacía ya un siglo que el mundo antiguo había escuchado las enseñanzas de Thales y, en consecuencia, habían trascurrido ya cien años desde que la filosofía lanzara sus primeros rayos en el horizonte occidental.

Y será precisamente cuando los versos de los dos gigantes, Heráclito y Parménides alzan vuelo, que también los primeros cantos trágicos revoloteen en el firmamento heleno. La filosofía y la tragedia se darán entonces sus manos, saludándose como dos hermanas que nacidas de un mismo espíritu, ahora se regocijan de reconocerse tras sus diferentes apariencias y de ver en sus dos rostros la cara de lo mismo.

Más, cuál es ese espíritu que las alimenta por igual? Si analizamos los mundos que cada una habita, tal vez más fácilmente encontremos la respuesta. Para empezar, escucharemos una vieja sentencia: "De donde las cosas tienen origen, hacia allí tienen que perecer también, según la necesidad; pues se pagan mutuamente pena y retribución por su injusticia, conforme al orden del tiempo". Este fragmento de Anaximandro nos enfrenta al origen como una culpa y en consecuencia, nos condena a perecer, para dar la reparación debida a una **Dike** que implacable no perdona. El equilibrio sólo se restablece mediante el aniquilamiento que conduce de nuevo al seno de lo indeterminado.

Hé aquí el sendero trágico que se abre a la filosofía; Anaximandro cual vidente que escucha la voz de dios, ve la totalidad de imágenes que el Destino oculta, y dicta entonces su sentencia para alertarnos, para indicarnos que en este mundo de múltiples apariencias nada es eterno porque todo está condenado a perecer. El nacer, constituye una determinación que la ley del Ser no puede permitir por mucho tiempo y por ello condena al castigo. Lo trágico es que la necesidad lleva a una multiplicidad pero ésta a su vez no puede sostenerse porque su trasfondo sigue siendo la indeterminación.

Toda la filosofía arcaica se moverá en ese juego del Ser como unidad absoluta y del Ser en su aparición. Pero todos los filósofos griegos de entonces, alcanzan la visión suficiente para percatarse de que todo aparece como lo mismo, pues el Ser solo es apareciendo, aunque fatalmente, por necesidad, esa apariencia lo oculte. Sólo quien vislumbra esto, podrá ser llamado sabio, o como dice Parménides, **eidota phota**: hombre que todo lo ve.

Pero no se necesitará ser filósofo para recibir aquel calificativo. Precisamente, en el mundo trágico paralelo a la filosofía, escuchamos cómo a alguien se le considera sabio, en estas palabras: "Pero si te juzgamos el primero de los hombres. El que conoce, como

nadie, los alternantes cambios y mudanzas de la vida humana; el que sabe también de las misteriosas y secretas determinaciones de los dioses". (1)

A quién se refiere así el poeta? Quién pudo entre los hombres hacerse dueño de la sabiduría de todas las cosas? Acaso un adivino, o un venerable anciano? No; se trata de Edipo, quizás quien con su hija Antígona, constituye el héroe más trágico de la antigüedad.

Bien es sabido por todos, de dónde le vino a Edipo su fama de sabio. El fué quien son su habilidad descifró el enigma de la Esfinge pero lo que no supo fué que con ello, se labraba su propia desgracia. Sí, tal vez mejor que la filosofía, la tragedia de Sófocles logró captar las diferencias del saber y sus múltiples consecuencias. Si el filósofo al comprender la naturaleza del Ser tenía que declararse ignorante o impotente para contemplar su totalidad, será precisamente el Edipo quien nos ilustre esa limitación de la naturaleza humana. A un hombre que todos creyeron sabio, el Destino se encargó de demostrarle cuál es el alcance del verdadero saber y el precio que por él se paga.

No andaba muy lejos Heidegger cuando se refirió a la tragedia de Edipo Rey en estos términos: "el camino que va desde aquel brillante comienzo hasta el horroroso final es una sola lucha entre el parecer (disimulo) y el desocultamiento (el ser)". (2) En realidad Edipo, desde el principio, busca sólo la Verdad, quiere saber quién mató a Layo y luego quiénes fueron sus padres. Pero el previo del que parte es totalmente encubridor. El es tenido por noble y sabio y ello lo ciega más a la verdad, pues cuando el adivino Tiresías le ilumina los hechos, éste se enoja y lo tilda de embustero.

(1) Sófocles. **Edipo Rey**. Las siete tragedias. Ed. Porrúa, S.A., 1976, p. 127.

(2) Heidegger. **Introducción a la Metafísica**. Nova, 1969, p. 144

Pero qué tipo de sabiduría es la de Edipo? Sin duda, no es la suprema; su saber sólo puede ser el que de las apariencias ha aprendido y por ello, no pudo ver que al contestar el enigma de la Esfinge sólo dió la respuesta a un solo aspecto de los muchos que el acertijo encerraba. El mismo le dice a Teresías cómo venció al monstruo: "No para todos era resolver esos enigmas! Era necesaria ciencia. Ciencia profunda... cantos de aves? un dios asistente? No, hombre! Y vino Edipo, vine yo... el ignorante, el inculto y eché abajo los artificios de la Esfinge". (3)

Cómo se vanagloria de su saber, de su ciencia! Ni dioses, ni aves, ni signos externos podrían contra la Naturaleza. No; para Edipo solo bastaba la ciencia del hombre, su saber, para aniquilar aquella fuerza. Pobre Edipo! Hé aquí su ceguera. Y por esta osadía fué el héroe castigado. Creyó asesinar a la Esfinge cuando realmente ésta sólo se burló de él, desapareciendo para perderle. Su ciencia no fué suficiente para hacerle ver que el premio que recibía a cambio: la mano de la reina, sólo constituía su perdición.

Oh Edipo! Tenías que aprender que la sabiduría nada tiene que ver con tu ciencia; que sí son los dioses quienes lo saben todo, y que no era el hombre la solución al enigma. Dijiste "el hombre" y te declaraste triunfante, sin ver que lo que la Esfinge señalaba era la brevedad de ese hombre. Amanecer, mediodía y atardecer son los momentos del instante que dura la vida humana. Somos seres de un solo día pleno de males sin cuento y tú Edipo, no viste que un día basta para construir la dicha o para destruirla. Tu ciencia no comprendió que la respuesta del acertijo era: el Destino, pues amanecer, mediodía y atardecer señalan nuestro fugaz devenir y así, la Esfinge, en última instancia lo que hizo fué ponerse frente a tu **Moir**a, pero tus

(3) Sófocles. **Edipo Rey**. p. 132

ojos ciegos a esta visión, no pudieron entenderla. Sólo en la vejez el hombre puede ver la vida que muere, sólo cuando se tramonta el día se es sabio y para Tí Edipo, apenas brillaba el mediodía.

Ahora bien; el espíritu que anima esta tragedia de Sófocles no puede ser extraño al que animara la sentencia de Anaximandro, pues en ambos mundos, se alude al purgar una culpa, aquella en la que caemos cuando nos dejamos cegar por las apariencias, olvidándonos de que sólo el reino de la **Dike** es el debido. El filósofo como Edipo, al descubrir la luz verá su miseria y su impotencia frente al Ser, frente al Destino, quienes a su vez castigan a quienes tratan de desvelarlos o evitarlos. Más por qué tal crueldad? Porque ahora el hombre se acerca a ellos a través del **logos** olvidándose del **mythos**, único lenguaje que la **physis** admitía como propio y que el hombre se ha dado el lujo de profanar.

En Homero y en la literatura más antigua se emplea tanto **mythos** como **logos** para designar la "palabra". Bien es sabido que el griego antiguo disponía de una serie de designaciones para la "palabra", cada una de las cuales demarcaba un matiz especial. **Epos**, por ejemplo, la designa según la voz, como lo dicho, lo hablado, mientras **logos** hace referencia a la comprensión o a la intención.

En la *Iliada* podemos advertir que la designación más usada es **mythos** con lo que podemos deducir que este término es más antiguo que el de **logos** y por lo tanto, corresponde a una noción más arcaica de la naturaleza de la "palabra". **Mythos** "es la **palabra** como testimonio inmediato de aquello que fué, es y será, como propia revelación del ser en el antiguo y venerable sentido, que no distingue entre ser y palabra". (4)

(4) Grassi Ernesto . **Arte y Mito**. Ed. Visión, 1968, p. 96

Sí; cuando el hombre hablaba y su palabra era **mythos** nada tenía que interpretar porque la realidad misma era lo que se le brindaba. No había posibilidad para la ambigüedad porque el nombre lo decía todo, el **mythos** desvelaba las realidades más arcanas.

De aquí que en los **mythoi** no sea posible plantear el problema de la **alétheia**. Donde la palabra es el desvelamiento del ser en todos sus tiempos, a qué problematizar la verdad? Un **mythos** no podía engañar porque en su naturaleza estaba la claridad, la verdad desprovista de velos.

Cuando Homero nos enfrenta a un Agamemnon furioso, nos dice que amenazador fué su **mython** y que el anciano sacerdote sintió temor obedeció el **mytho**. Luego es Zeus quien le dice a su esposa Hera que no espere conocer todos sus **mythos**, por lo que ésta le replica: "Poderosísimo Cronida, qué **mython** proferiste!". Con esta mínima muestra de la utilización que de la palabra como **mythos** realiza Homero, podemos darnos cuenta de que en ella se menciona no sólo lo que se entiende por lenguaje sino también por mandato, decisión, pensamiento, realidad. Todo lo que tenga que ver con la justicia, el poder, la voluntad, la razón o la realidad, puede anunciarse con una sola palabra: **mythos**. Se trata de un descubrir a los ojos lo que es de suyo evidente porque pertenece a la región donde todo se ilumina con los rayos del Ser. Lo que fué, es y será, se reúne en la manifestación mítica con un vigor de juventud que solo a la **physis** le es dado.

Más como todo lo que brilla y se desoculta no puede plantearse como profano sino que se le eleva a la región de la luz, el **mythos** se dará a una con el elemento divino. Aunque tanto dioses como hombres pronuncien **mythoi**, los mortales que mejor lo hagan, se asemejarán a los dioses. Y así, Homero no nos podrá presentar a un héroe noble y valiente sin que se destaque también en el ágora. Además es obvio que también la verdad debe acompañarle siempre.

Si al **mythos** le corresponde por naturaleza la **alétheia** entonces dónde se dá la mentira y cuando? Lo que es claro, es que en la Iliáda al menos, los héroes no mienten, motivo por el cual el único pecado que se contempla en aquel mundo es el perjurio, la falta al juramento. Hombres y dioses a veces permiten que sus **mythoi** se hagan torcidos, faltando a lo debido, a lo recto. Pero cuando ésto sucede la realidad es la que resulta indebida y el héroe acaba por realizar una acción aborrecible a los dioses.

Que el **mythos** marche siempre con la **alétheia** y que por ello sea también divino, puede constatarse a su vez, en el hecho de que las inspiradoras de los **mythoi** de los poetas sean las Musas hijas de **Mnemosyne**, la opositora de **Lethos**. La madre de las Musas, saca todo del olvido o las tinieblas a la claridad o manifestación poniendo **mythoi** en boca de los poetas, del mismo modo que los dioses iluminan al vidente y le permiten pronunciar los oráculos.

Pero pronto ese hombre que se nos presentaba leal en la Iliáda, aprenderá que no hay un único camino en los territorios del Ser; que éste por sus múltiples apariencias posibilita varios senderos algunos de los cuales enmascaran la realidad y permiten que el hombre se destaque en el mundo de la **physis** como el único ser capaz de tomar lejanía para interpretar. No será pues el reino de **mythos** el que siga dominando sino que el **logos** se pondrá en juego para hacer del hombre un ser privilegiado, y en consecuencia, la **alétheia** se verá desplazada y abrirá paso al ovido, que se alimentará del ingenio de los urdidores de engaños. Porque, como dice Heráclito, "aún siendo el **logos** general a todos, los más viven como si tuvieran una inteligencia propia particular" (5), que tratarán de lucir haciendo que los distintos saberes se enfrenten, confundándose cada vez más la auténtica realidad, mientras parpadean unos tímidos reflejos de la verdadera sabiduría.

(5) Heráclito. Fragmento 3. Diels - Kranz.

También en el *Edipo*, Sófocles nos presenta al héroe confundido ya por las aparentes inteligencias y por los saberes particulares que abiertamente se oponen a la sabiduría venida de dioses como **Mnemosyne**. "...que entre los hombres un adivino sepa más que yo!, podré admitirlo? No tiene la verdad un juicio único. Un saber a otro saber supera. Un hombre vence a otro hombre en conocimientos" (6) Son las palabras de Edipo y por ende, la consagración del **logos** que el hombre crea al interpretar y demás, el entronamiento del **lethos** del Ser, en esa multiplicidad de saberes.

Hay un momento muy preciso en la literatura griega donde, un poeta plasma este cambio que en la esencia de la palabra se da. Y es Hesíodo en su *Teogonía*, quien lo cristaliza, cuando, cosa insólita, las mismas Musas que por naturaleza siempre tendrían que decir la verdad, ahora se anuncian como capaces de engañar. "Nosotras sabemos decir numerosas, verosímiles ficciones; pero también, cuando nos place, sabemos ensalzar la verdad" (7) Sí; aquí Hesíodo nos habla de la doble posibilidad del **legein** de las Musas. Ellas son capaces de hablar muchas cosas **pseúdea** pero también cuando lo quieren muchas **alethea**. Más por qué cuando les place? Hé aquí precisamente la diferencia entre **mythos** y **logos**. Ahora el hombre es quien decide cuándo hablar con verdad, todo depende de sus intenciones y hasta de su provecho.

Pero al ocuparnos de la palabra como **logos** y de su alianza con el **lethos** que hasta engaño se torna, no podíamos dejar de lado al personaje que en Grecia se constituirá en el prototipo del hombre diestro con la palabra, en el modelo de criatura que toda realidad la pasa por su inteligencia, para luego tramar las palabras convenientes para enmascarar y defender sus inte-

(6) Sófocles. *Edipo Rey*. p. 134

(7) Hesíodo. *Teogonía*. Ed. Porrúa, 1976, p. 3

reses. Se trata de Odiseo, el de "multiforme ingenio", el "urdidor de engaños", el creador de la premeditación el cálculo, la mentira y el ocultamiento de la realidad, en Occidente. Este hombre que con su ingenio toma la ciudad inaccesible por la fuerza y el valor, será el encargado de personificar el atropello que contra la palabra desocultadora, el **alethés mythos**, realiza occidente. La **physis** que se manifestaba plenamente en el **mythos**, ahora se multidetermina rompiéndose en infinitos añicos que el hombre toma para sí pasándolos por su **logos** calculador y medidor. Ahora Odiseo se atrave a burlar el mismísimo vigor de la naturaleza, mostrándole que la nobleza, claridad y fortaleza, fácilmente pueden doblegarse por un ingenio astuto que aprende a ver en el lenguaje no la rigidez de un mármoleo bloque sino la ductilidad del que le hace objeto el artista diestro. La gran fuerza sencilla y espontánea de un Polifemo, o el canto hechicero de las Sirenas, encarnaciones de la misma **physis**, son doblegados por Odiseo que les hace trampa. Y Homero nos muestra una **physis** herida que llora su dolor y derrota pero que clama venganza por el delito cometido, haciendo escuchar los lamentos de Polifemo: "Oh amigos! Nadie me mata con engaño no con fuerza". (8)

Y por qué "Nadie"? Esta es la evidencia de cómo la palabra se vuelve de doble aspecto y cómo puede jugarse con su sentido. Bien previó Odiseo que al decir al Cíclope que su nombre era Nadie, éste solamente vería en esa palabra un nombre y nunca, su doble filo. El hombre que como Polifemo vive naturalmente, ve las palabras como realidad y no como juego encubridor y por ello Odiseo que ya ha tomado distancia frente a la naturaleza, se sale con la suya, porque nadie acudirá al clamor del Cíclope, si éste afirma que "Nadie" lo mata.

(8) Homero. **Odisea**. Espasa - Calpe, 1970, p. 96

El contraste entre el hombre mítico y el hombre lógico nos lo presenta también Sófocles cuando une a Neoptolemo heredero de los valores heroicos que encarnó su padre Aquiles, con Odiseo, ahora más que nunca diestro. Ambos tienen como misión llevar a Filoctetes a Troya y como éste odia a los jefes aqueos, la misión se torna pesada. Sin embargo Odiseo sabe cuál es el camino más seguro: el engaño. Por las buenas y con la verdad, el héroe no acudirá a Troya, entonces queda el recurso del artificio. Pero la reacción de Neoptolemo es inmediata: "Nacido soy para no andar obrando con malos artificios. Y dicen que así era mi padre. Me llevo a ese hombre pero no con engaños... más me gustara quedar mal y sin fruto que vencer por medios villanos". Pero Odiseo replica: "Cuando yo era joven era así: lengua perezosa y manos ágiles! Pero ahora, al cabo de tantas experiencias he venido a comprender que no son las obras, sino la lengua, la que ejecuta todo.

- Me fuerzas pues a que diga mentiras?
- Te digo que hagas caer en un engaño a Filoctetes.
- No es una vergüenza servirse de mentiras?
- No, si con mentir se saca el provecho personal" (9)

Allí vemos claramente que el hombre que habla con obras, que procede míticamente, sin dobleces, es amigo de la verdad, porque está en su naturaleza. El sólo vence con honor cuando, es la fuerza la que se impone o cuando sus **mythos** convencen. Pero Odiseo responde que esta forma de actuar es admisible sólo en la juventud. La experiencia torna al hombre pesado físicamente pero a su vez le dota de un recursivo ingenio. Grecia entonces deja de ser niña, pierde la inocencia, la franqueza y la limpieza de espíritu propias de la niñez y se hace adulta. El paso del **mythos** al **logos** ha sido dado, la culpa ha sido establecida, la alianza entre el Ser y la palabra es insostenible.

(9) Sófocles. **Filoctetes**. p. 38

Pero el grito de Polifemo y los lamentosos cantos de las sirenas burladas no caerán en el vacío. Alguien escuchará sus voces y la culpa cometida no quedará sin castigo porque para ello está la implacable **Dike** que no perdona. El hombre empieza a verse en una Naturaleza rota y no puede soportarlo. Así entonces, se propone instaurar una fiesta de reconciliación entre el Ser y la palabra, con lo que el espíritu que animará a la filosofía y a la tragedia queda palpitante.

Nace entonces la filosofía para clamar por la alianza entre el Ser y el decir. El filósofo es quien se percató de la inutilidad de un saber parcial colmándose de ansias de aprender el verdadero saber, la **alétheia** en su plenitud. La "Verdad bien redondeada" es la nueva meta, no sus apariencias, sus parcialidades. Pero ya el hombre no tiene el **mythos** y por ello sigue dentro del **logos** que ahora se propone explotar en su carácter de reunidor más que de dispersador. Es entonces cuando escuchamos la voz de un Heráclito advirtiéndolo que miremos hacia el **logos** como lo común y no como lo particular a cada uno. Nuestras palabras deberán ser como las de la Sibila quien "con su boca delirante profiriendo palabras sin risas y sin adornos y sin perfumes, traspasa con su voz miles de años por virtud del dios" (10) Ahora la filosofía clama por un **logos** unificador, por un **legein** que se remonte en todos los tiempos, siempre el mismo y que acoja en su seno lo pasado, lo presente y el porvenir: el Ser.

Pero lo trágico es que a la filosofía le tocará purgar la culpa antaño establecida a la Naturaleza y por ello con su **logos** aprenderá que el desocultamiento sólo tiene como manifestación el ocultamiento. Que lo indeterminado, que el fuego vive enmascarado en los entes que alimenta y que el Ser brilla sólo en el olvido. La

(10) Heráclito. Fragmento 92. Diels - Kranz.

filosofía está condenada trágicamente a pagar la antigua culpa; ella repara el atropello a la realidad que se había dejado de ver al ocultarla con los **logoi**. Pero cuando el filósofo se da cuenta y trata la reparación, la **Dike** se venga, llevándole al trágico mundo de lo oscuro-luminoso. Es la culpa del engaño de Odiseo a Troya, a Polifemo, a las Siremas, la que se paga. El **Logos** nos muestra sólo con relámpagos breves, el camino a seguir, pero una vez recorrido éste, solo queda la soledad, la burla y el hallazgo de la miseria y limitación humana. Un **Logos** que nos ciega como a Edipo la visión del Ser desencubierto, le dejó sin ojos. Un **Logos** que una vez vislumbrado, se sume en la oscuridad, en el olvido. **Lethos** y **Logos** es la nueva pareja y el hombre no puede evitarlo.

La primera tragedia que nació en Grecia fué entonces la filosofía. Los filósofos en sus poemas cantan relatándonos la historia de los hombres que inician el camino de la reconciliación, el retorno a la niñez. Es el relato de un nuevo héroe que pleno de entusiasmo religioso se purifica de sus **logoi** y se pone a disposición de los dioses para que le indiquen el camino y le enseñen la **alétheia** de la **physis**. Pero de aquel viaje se regresa ciego, con la alegría de haber visto, pero con la inmensa resignación que impone la admisión del Olvido.

Igual que Edipo, el hombre busca quitarse los velos que cual lágrimas empañan sus ojos, pero descubre que no basta limpiarlos para ver, sino que tiene que arrancárselos. Cuál despiadado resulta ser el Destino, cuál impacable la **Dike**! La fiesta de reconciliación siempre será trágica.

Es por ésto que afirmábamos que filosofía y tragedia son hermanas, que tienen como padre al mundo homérico que les exalta el **mythos**, pero que también lo muestra profanado. La filosofía querrá hacer del **logos** algo desvelador, y la tragedia querrá hacer reinar la **Dike**. Por ambos senderos el hombre se hará sabio, vi-

dente, pero también estará condenado. Por lo mucho que se le ha dado, mucho le será pedido. "Mirad a Edipo hoy. Fué el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. Y ved a qué abismos lo precipitó el Destino" (11) La oscuridad; siempre el olvido, porque nuestro mundo es el del **Logos** y su **alétheia** un **lethos**. No olvidemos que "la Naturaleza gusta de ocultarse", (12) y por lo tanto a los filósofos sólo les es dado hacer tragedias, como ocurrió hasta Platón, el último y mayor de los trágicos de la antigüedad.

(11) Sófocles. **Edipo Rey**. p. 149

(12) Heráclito. **Fragmento 123**. Diels — Kranz